

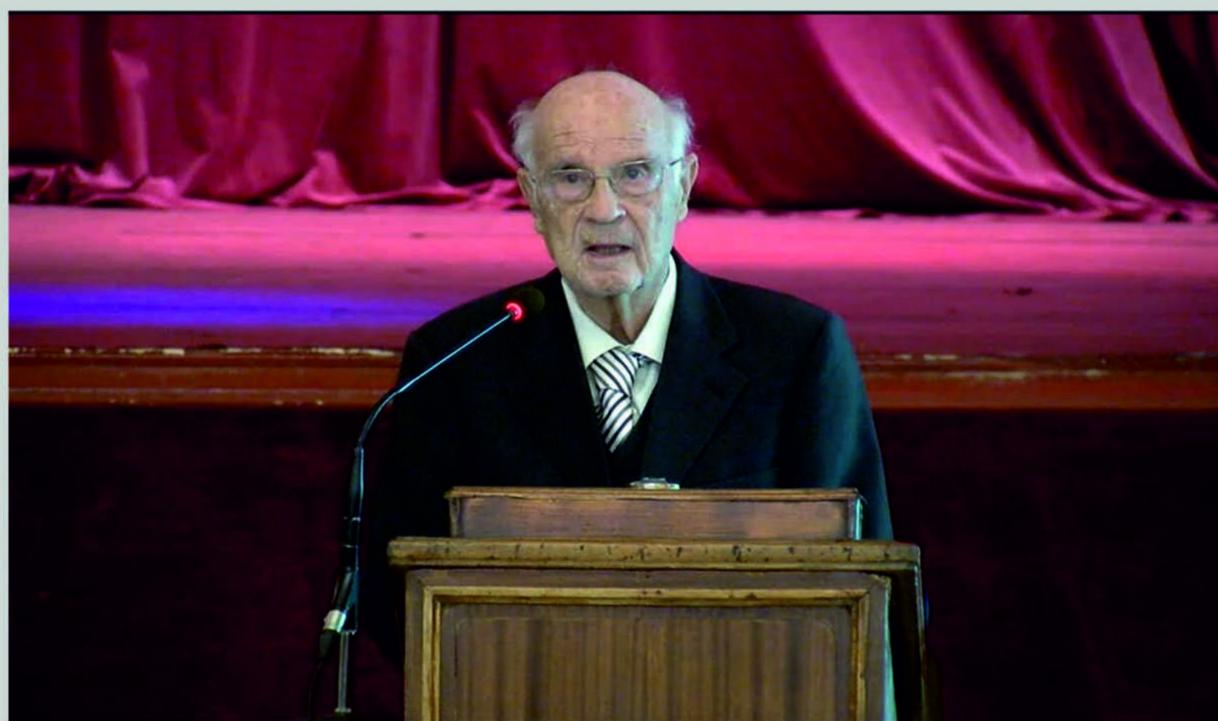
REAL ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

COLECCIÓN
RAFAEL CASTEJÓN

III

MÉDICOS CORDOBESSES
DE AYER Y DE HOY

MÉDICOS CORDOBESSES DE AYER Y DE HOY



Á. FERNÁNDEZ
M. CASAL
R. LUQUE
Coordinadores


DE CIENCIAS
BELLAS LETRAS
NOBLES ARTES
REAL ACADEMIA
DE CÓRDOBA
1810

ÁNGEL FERNÁNDEZ DUEÑAS
MANUEL CASAL ROMÁN
ROSA LUQUE REYES
Coordinadores

2018

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

**ÁNGEL FERNÁNDEZ DUEÑAS
MANUEL CASAL ROMÁN
ROSA LUQUE REYES**
Coordinadores

**MÉDICOS CORDOBESES
DE AYER Y DE HOY**

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

2018

MÉDICOS CORDOBESES DE AYER Y DE HOY
(Colección *Rafael Castejón III*)

Coordinadores científicos:

Ángel Fernández Dueñas, académico numerario

Manuel Casal Román, académico numerario

Coordinadora editorial:

Rosa Luque Reyes, académica correspondiente

Portada:

Arriba, fotografía del monumento a al-Gāfiqī dedicado al célebre oculista por la ciudad de Córdoba.

Debajo, Juan del Rey Calero en un acto de la Real Academia de Córdoba.

© De esta edición: Real Academia de Córdoba

© Los autores del libro

ISBN: 978-84-120060-1-8

Dep. Legal: CO 2305-2018

Impreso en Litopress. Edicioneslitopress.com. Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.

PRÓLOGO

Médicos cordobeses de ayer y de hoy, título del tercer volumen de la colección *Rafael Castejón* de nuestra Real Academia, pretende introducirnos en la vida y la obra de trece médicos paisanos relevantes.

En el primer trabajo, *Dos ejemplos de médicos andalusíes: Albucasis y al-Gāfiqī*, el académico correspondiente Carlos Pera Madrazo, tras esbozar el concepto de Medicina Árabe y perfilar el de Medicina Andalusí, aborda inmediatamente el estudio de **Albucasis**.

Abul'1 Qasim Halaf Ibn 'Abbas al-Zaharāwī se conoce en la literatura occidental con no menos de catorce apelativos latinizados, referentes a su nombre, Albucasis, Abulcasis... y otros, referentes a su lugar de procedencia, o *nisba*, Zaharawius, Alsahrawi... Lo poco que se conoce de su biografía lo podemos colegir de una obra de León el Africano, en la que se dice que fue médico de Almanzor, que escribió un tratado de Medicina y que estudió en la Escuela de Medicina de Bagdad, pero lo cierto es que el mundo islámico de su tiempo hubo de olvidarle, por cuanto no aparece en el *Diwane* o lista oficial de médicos de la corte. Sin embargo sí que se conoce bastante bien su obra escrita, *Kitab al-Tasrif*; se sabe que los volúmenes I y II fueron traducidos al latín en el siglo XVI y que con anterioridad, en el siglo XIII, se tradujo el XXVIII, que versa sobre la farmacia. La fama del libro trigésimo, que trata de la cirugía, se extendió rápidamente por el mundo islámico y en el siglo XII fue traducido al latín por Gerardo de Cremona, uno de los miembros más importantes de la Escuela de Traductores de Toledo. También es conocido que las ideas de Albucasis llegaron hasta Guillermo de Saliceto (siglo XIII), Guy de Chauliac (siglo XIV) e, incluso, hasta Fabricio de Acquapendente (siglo XVI-XVII).

Su obra escrita (de toda ella, da Carlos Pera cumplida cuenta), fue traducida al inglés en 1963, acompañada de unos comentarios en los que se analizan la aportaciones de Abulcasis a la cirugía. El volumen trigésimo del *Kitab al-Tasrif* contiene tres libros: el primero, dedicado al uso del cauterio; el segundo, trata de las incisiones, perforaciones,

secciones venosas, extracciones de flechas y el tercero hace referencia a las fracturas y dislocaciones.

Quedaría por reseñar el hecho de no haber sido hallado ningún instrumento quirúrgico de los centenares que Albucasis creó y utilizó. ¿Hemos de conformarnos con las tijeras encontradas en la excavación del yacimiento de Cercadillas? ¿Dónde estarán “sus” tijeras para amigdalotomías, “su” cefalotribo para extraer fetos o “sus” espéculos vaginales”?

De **al-Gāfiqī** (Mohammad Ibn Qassoûm Ibn Aslam al-Gāfiqī), por los dispersos datos que aparecen en sus escritos, solo se conoce que vivió en Córdoba y que fue un afamado oculista, nacido en la fortaleza de al-Gāfiqī, para unos, el actual El Guijo, pero realmente se trata del pueblo de Belalcázar. En el mismo lugar y por la misma *nisba*, de allí fueron originarios también el farmacólogo Yafa al-Gāfiqī y el emir de Córdoba Abderramann al-Gāfiqī. Su libro, *Al-Morchid fi´Kohhl*, o *Guía del oculista*, se compone de seis tratados, el último de los cuales, el más voluminoso, es el que dedica al tratamiento del ojo.

Hay una sección dedicada a cada tipo de enfermedad: de los párpados, de la conjuntiva, de la córnea, del iris y de la catarata y su operación. En esta sección, describe sus distintos tipos, la clase de intervención, sus contraindicaciones y los instrumentos que utiliza, los mismos de Albucasis, o sea la aguja o *miqdah* y el escalpelo o *al-baríd*.

Finaliza el autor con unos amplios comentarios a la oftalmología andalusí.

Pedro Pablo Herrera Mesa, también académico correspondiente, salta a los años finiseculares del siglo XVI para tratar de *El Licenciado Enrique Vaca de Alfaro. Aproximación a la vida y obra del médico y poeta cordobés (1590?-1620)*.

Después de diferenciar a su biografiado de su nieto, del mismo nombre pero titulado doctor, y de citar, de entrada, algunas de sus fuentes bibliográficas, nos ofrece unos apuntes biográficos que el mismo autor considera prototípicos del intelectual de su época, o sea “(...) Un erudito relacionado con las distintas parcelas de la cultura (...)”. Y así, en un primer bloque, tratará del **Vaca de Alfaro**-médico y, en el segundo del Vaca de Alfaro-poeta. Y el resumen de los dos será el que el mismo Pedro Pablo escribe: “(...) Un auténtico humanista que dominó tanto la ciencia, por su carrera de médico cirujano, como por su inspiración mostrada en el campo de la lírica a través del ejercicio de la poesía. En la práctica de su profesión se dedicó, tanto al contacto directo con los enfermos, como a la investigación, estando al

día de los limitados avances de la medicina del primer tercio del siglo XVII. Y estamos seguros de que su inspiración y sensibilidad, expresadas en la composición poética, se tradujo en humanidad y afecto en la actuación con sus pacientes (...)

Al llegar al tema del correspondiente Antonio Varo Baena, que titula *Antonio Pablo Fernández Solano, el Sabio Andaluz (1744-1823)* quiero comenzar con la certera afirmación que hace el autor: “(...) Es difícil que una persona que no ha escrito ninguna obra literaria o científica, pase a la posteridad si no es por unas cualidades innegables y que trascienden a su vida (...)”.

Antonio Pablo Fernández Solano, médico ilustrado nacido en Montilla, en principio, destaca por su excelente preparación académica entre Sevilla, donde se gradúa simultáneamente en Artes y en Medicina, y Cádiz, en cuyo Real Colegio de Cirugía de la Armada se hace cirujano, actuando al par que alumno, de profesor de sus compañeros. Doctor en Medicina un año después, una vez terminados sus estudios, gana por oposición la cátedra de Física Experimental del Real Colegio. Políglota -hablaba siete idiomas-, su prestigio como hombre de ciencia y su leyenda comienzan a gestarse, más aún tras su estancia en París desde 1783 de donde, a causa de sus problemas de salud, vuelve a Montilla un año después, hasta su recuperación. Reincorporado a su cátedra de Física, ocupa además la de Fisiología e Higiene del Colegio de San Carlos de Madrid, cargo que desempeñará hasta que un nuevo brote de su enfermedad le hace solicitar su dimisión. Ya en su pueblo ¡28 años después! fallecería a la edad de 79 años. Antonio Varo completa su biografía refiriéndose a sus ocupaciones en Montilla tras su jubilación, refiriendo, entre otras muchas cosas, el desgraciado destino de su importante biblioteca (alrededor de 4.000 volúmenes), su acrisolado patriotismo probado en su enfrentamiento a *Pepe Botella* y exponiendo, una vez más, el parecer de muchos de sus biógrafos en cuanto a que su nombre “(...) debe figurar por sus propios méritos en el índice de médicos cordobeses ilustres de todos los tiempos (...)”.

La presencia ininterrumpida en Córdoba de médicos con el apellido Luna está demostrada, al menos, desde 1794, fecha en que nace el decano de la dinastía, **Antonio de Luna García** (1794-1853), hasta el día de hoy, en que el último de sus descendientes médicos (por ahora), Jaime Fernández-Dueñas, trata de los tres primeros de sus miembros. Antonio, su iniciador, promovió la idea de crear un manicomio en el Monasterio de San Jerónimo de Valparaíso, en la sierra cordobesa,

cuestión sobre la que escribió una *Memoria*, dirigida al Ayuntamiento de la capital, que, aunque no tuvo éxito, mereció comentarios favorables de don Teodomiro Ramírez de Arellano.

Manuel de Luna García (1814-1877), hermano y ahijado del anterior, en principio se dedica a su profesión con éxito notable, alcanzando pronto importante relieve político, cultural y social, consecuencia de lo cual accede como numerario a la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes.

Por entonces comienza su actividad política desde el partido progresista, participando activamente en la Revolución de 1856, luego síndico municipal y, enseguida, alcalde de la ciudad, casi dos años. Entonces, se retira de la política activa, siempre adscrito al partido progresista, dedicándose solo a su profesión, hasta que la Revolución de Septiembre de 1868 le lanza, una vez más, a la vorágine revolucionaria. Y así, integrado en lo más granado de la política local, su labor política va a ser tan abigarrada y prolífica como se refleja en las actuaciones de la Junta Revolucionaria de la que él forma parte, unas positivas y otras, no tanto. A lo largo del Periodo Revolucionario, no obstante, su actividad política es, cada vez, más tibia y esporádica, volviendo a dedicarse por entero a su profesión de médico.

Al constituirse la Universidad Libre de Córdoba, don Manuel de Luna es nombrado decano de su Facultad de Medicina y catedrático de las asignaturas de Preliminares Clínicos y Clínicas Médicas 1 y 2, que impartirá hasta la desaparición de aquella.

Manuel de Luna fallece a mediados de mayo de 1877, noticia publicada por el *Diario de Córdoba* del día 18 de dicho mes, como un homenaje póstumo que le ensalza en aquello que fue fundamental en su vida, brillando entre lo más accesorio de su actuación política: en ser médico.

Continuando la tradición médica de los Luna, Manuel se perpetúa en su hijo **Enrique Luna Martínez** (1843-1929); recién licenciado en Medicina está cuando sucede la Revolución de Septiembre; participa en la asistencia de heridos de la Batalla de Alcolea y, quizá esta cooperación le vale ser nombrado por la Junta Revolucionaria médico agregado de la Beneficencia Provincial, con destino en la Casa-Hospicio y miembro de la Junta Municipal de Sanidad.

Al instituirse la Universidad Libre, es nombrado catedrático de Fisiología, y al año siguiente se le cambia a Anatomía, donde continuará hasta el final del periplo universitario cordobés; su labor docente se complementará con su dedicación a la enseñanza de practicantes y

matronas, que, a partir de 1872, es instituida en Córdoba. En ese mismo año, teniendo en cuenta las reiteradas indicaciones de los diarios locales y el unánime deseo popular, funda junto a dos compañeros, Fernando Illescas y Antonio Maraver, un gabinete de consultas médico-quirúrgicas, que a pesar del éxito alcanzado, ha de cerrar sus puertas por falta de ayuda del Ayuntamiento de la ciudad.

En 1879, ingresa por oposición en el cuerpo de la Beneficencia Provincial, con destino en el Hospital de Agudos, en cuya institución ostentará más adelante -en 1898- la máxima categoría como decano y director. Interviene activamente en la creación del Hospital de la Cruz Roja y en la iniciación del Colegio Oficial de Médicos.

Tras una vida absolutamente plena y dedicada sobre todo a la cirugía, el 4 de febrero de 1929 fallece con 86 años, a causa de un proceso bronco-neumónico, asistido en su última enfermedad por su sobrino-nieto Antonio Luna Fernández, uno de sus continuadores en la profesión y en la Beneficencia Provincial y decano, hasta su fallecimiento, de la familia médica de los Luna.

Pudiera parecer extraño que Ángel Fernández Dueñas a la hora de escoger la figura médica cordobesa a tratar, sea la de **Rodolfo del Castillo y Quartiellerz** (1846-1917), que no nació en Córdoba, sino en Cádiz, y que su permanencia en nuestra ciudad solo alcanzó diecinueve años, si bien éstos serían fundamentales para nuestra ciudad.

Nacido en 1846, llega a nuestra ciudad con veintisiete años y una especialidad en oftalmología, procedente de un balneario, en el que ejerció como director e inmediatamente abre una consulta de medicina general. Enseguida comienza a alcanzar justa fama, no solo como oculista, sino como versado en cualquier otra enfermedad o padecimiento de tipo médico o quirúrgico. Citar los cargos, nombramientos, dedicaciones médicas y extra-profesionales, nos privaría de recalcar dos aspectos fundamentales de su quehacer, motivo de la inclusión en este libro, a saber, su gran actividad pedagógica y la creación y difusión de su *La Andalucía Médica*.

En cuanto al primer aspecto a considerar, hemos de recordar que la llegada a Córdoba de nuestro personaje sucede en el momento en que, recién graduada la primera promoción de médicos de la Universidad Libre, algunos de sus componentes, atraídos por la personalidad del recién llegado, acuden en torno a él, a las salas del Hospital de Agudos; de entre estos alumnos, se escogería un animoso equipo de redactores que hicieron posible que Córdoba contase con una revista médica de tirada internacional, durante quince años, que, fue, en definitiva,

el tiempo que el doctor del Castillo y Quartiellerz permaneció en esta ciudad.

Llegamos a la mitad del siglo XIX (1856-1924) para encontrarnos con **Pablo García Fernández**, al que Pedro Benito López, académico correspondiente como los ya citados, califica como “médico higienista y escritor”, cualidades tan recortadas y contundentes -inversamente proporcionales a las treinta y una páginas en las que magistralmente las expone- y que aun citando al pie de la letra sus conclusiones, laudatorias en extremo, obligará a leer el trabajo completo. Dicen así:

“(...) La relevancia del médico Pablo García Fernández fue muy importante a lo largo del siglo XIX en Córdoba, al aportar todo su bagaje de conocimientos para mejorar la higiene de su ciudad y reducir su elevada mortalidad. No solo difundió los hallazgos europeos del siglo XIX sobre las causas y la difusión de las epidemias, sino que también puso en marcha muchas medidas que debían adoptarse a nivel institucional y social. Su labor como miembro numerario del Cuerpo de Beneficencia Provincial, como inspector de Sanidad, como miembro de la Junta Municipal de Sanidad y como miembro del Comité Local de Córdoba del Partido Liberal Conservador, favoreció que se ejecutaran a nivel local muchas de las medidas sanitarias que difundió.

Es necesario también resaltar su labor como médico humanista organizador de la beneficencia sanitaria en la Córdoba del siglo XIX. Su análisis de la situación en la que vivían las clases más desfavorecidas como causas de la difusión de las epidemias, sin duda contribuyó a la concienciación social del problema, adelantándose a su época.

Todo ello hace que Pablo García Fernández, como luchador para mejorar su ciudad, sea un ejemplo a seguir (...).”

Al llegarle el turno a Felipe Toledo Ortiz de tratar de reflejar la figura de *José Gómez Ocaña (médico, maestro y sabio) (1860-1919)*, solo el título indica ya el cariño, respeto y admiración de un alumno por su profesor.

Inicia la biografía de un muchacho de pueblo, tercero de siete hermanos, cuatro fallecidos antes de nacer él, que es huérfano de padre a los 19 años y de madre, a los 21, quedándose a su cargo dos hermanas y que, sin embargo, nunca cedió en el empeño de ser alguien... Para empezar, **José Gómez Ocaña** gana una plaza de alumno interno, por oposición, y corona en Granada sus estudios de licenciatura con sobresaliente y premio extraordinario, todo ello pocos meses antes del fallecimiento de su madre. Esto explica ya, que la Universidad granadina le propusiera para ser distinguido con la Gran Cruz de Isabel la

Católica, distinción conseguida en 1883, con 23 años y costeada por sus compañeros.

Tras la amarga etapa de dos años, como médico rural en Aguilar de la Frontera, se traslada a Madrid, donde ingresa, por oposición, con el número uno en el Hospital de San Carlos de la Complutense para realizar el Doctorado. Vuelve a Aguilar, tiene otra desagradable experiencia, que le hace recluirse y preparar las oposiciones a la cátedra de Fisiología que supera, pero viendo la carestía de la vida, decide opositar a la cátedra de Terapéutica de Granada en 1877 y a la de Patología Médica de Valladolid, dos años después.

Desde 1899 se dedica por entero a la Fisiología en su plaza de Cádiz y, de forma autodidacta y con un laboratorio rudimentario, comienza su primera producción científica, a saber: *Fisiología de la digestión* (1893), *Fisiología de la circulación* (1894) y *Fisiología del cerebro* (1894) fueron sus primeras obras editadas. Cuando accede a la plaza de catedrático de Fisiología de la Universidad Central, en sus laboratorios encuentra el lugar adecuado para sus trabajos, dando un gran impulso a la Fisiología, y a él se le debe la incorporación de la Bioquímica y la Fisiología Experimental.

Formó parte de la Real Academia Nacional de Medicina, desde el día 21 de octubre de 1900, día que cumplía 40 años, y también de una docena más de academias, sociedades y asociaciones. Su asistencia a congresos internacionales de la especialidad en que siempre representaba a España, fueron tres en Madrid y el resto en Turín, Bruselas, Heidelberg, Viena, Londres y Groninga.

Su producción escrita conocida asciende a más de sesenta trabajos publicados, si bien algunos de ellos son de difícil localización. De todas sus publicaciones, destacó la *Fisiología humana teórica y experimental*; durante veinte años llegó a publicar cinco ediciones, cada vez más ampliada y al día. A la primera se le concedió el Premio Rubio, promovido por la Real Academia Nacional de Medicina.

Fue propuesto cinco veces para el Premio Nobel de Medicina. Quizá sea esta última noticia que escribo, la que pudiera resumir toda una trayectoria.

José Navarro Moreno. El origen de la Otorrinolaringología en Córdoba (1884-1983) es el tema que aborda el también académico correspondiente Manuel Carpio González, presentando al granadino y, sin embargo cordobés de adopción y permanencia, doctor **José Navarro Moreno**.

Por curioso o, al menos, infrecuente, hay que exponer que su vocación otorrinolaringológica comienza en él en su primer año de estudiante en la Facultad, de la mano de su profesor de Anatomía y encargado interino de la asignatura de la que sería su especialidad. Comienza su formación como alumno interno de la misma para continuarla después en Burdeos, pero, sobre todo, fue autodidacta en su clínica de Córdoba. Llega a esta ciudad con 24 años, ya doctorado y, enseguida, abre su consulta atendiendo gratuitamente a todos sus pacientes, que comienzan a llamarle “el médico de los oídos” por ser el único otorrino que habría en la ciudad, hasta pasados diez años.

Aupado desde la Beneficencia Provincial, desde supernumerario a numerario, primero en Cirugía, después en ORL y finalmente, decano del Cuerpo, cargo que ostentará casi veinte años, académico numerario de la Real Academia de Córdoba, presidente del Colegio Oficial de Médicos de Córdoba de 1946 a 1963 y médico en fin, comprometido y cercano, su gran vocación fue la enseñanza y, conociendo la existencia de una sociedad catalana de ORL creó, junto a otros compañeros, el 21 de enero de 1949, la Sociedad Andaluza de ORL, segunda de España, germen de la Española de Otorrinolaringología y Patología Cérvico-facial, cuya Medalla de Oro le sería otorgada años después.

En su especialidad, llegaría a la altura de los Barajas, Martín Calderín, incluso García-Tapia y habría que dejar marcada huella en sus múltiples alumnos pero sobre todos, en su hijo Fernando, el primer profesor de Otorrinolaringología de la Facultad de Medicina de Córdoba y en su nieto, del mismo nombre y dedicación.

No quedaría perfilada su personalidad sin citar su faceta investigadora y divulgativa, tanto médica como humanística. Felizmente jubilado en 1954 en su faceta profesional pero no en su labor académica y publicista, diecisiete años después, recibiría un sentido homenaje en Córdoba, en el seno de la IX Asamblea de su Sociedad Española de Otorrinolaringología. Don José Navarro, fundador de una corta, pero dignísima saga médica, aun viviría diecisiete jocundos años más, en vísperas de rematar la centuria.

Con una impecable factura literaria la académica correspondiente Carmen Fernández Ariza, con el título de *El doctor Ruiz-Maya: su compromiso ético y político*, se acerca con respetuoso trazo a este gran intelectual cordobés del primer tercio del siglo XX, estructurando su vida alrededor de cinco hitos que ella engloba bajo otros tantos marbetes: “Hijo de la burguesía agraria”, “Su trabajo en las minas de Cerro Muriano (Córdoba)”, “Fundación de la revista médico-científica *Ideal*

Médico”, “La revolución clínica del doctor Ruiz-Maya” y “Su compromiso político”.

Nace **Manuel Ruiz-Maya** en Espiel en 1888, de cuna privilegiada en cuanto a economía, tolerancia y cultura, que sabe aprovechar y hasta que encuentra su primer trabajo en las minas de Cerro Muriano, se está continuamente formando; primero la licenciatura en Medicina y Cirugía, después el doctorado. Convivir con la situación laboral penosa de los mineros lo marca y lanzará una mirada misericordiosa hacia el desvalido, ya fuera campesino, minero, empleado de comercio, ferroviario, enfermo mental o recluso; la fundación de la revista *Ideal Médico* le dará una proyección internacional y la remodelación del hospital de la Misericordia y la publicación de *Psiquiatría Penal y Civil* culminarán sus ansias renovadoras en el mundo de la investigación y atención psiquiátrica. En el cenit de su vida profesional, se adscribe al partido Republicano Radical Socialista en el que participa con pleno compromiso, pero su sentido de la libertad y de la honestidad, le hará apartarse de la militancia activa.

La vida del doctor Ruiz-Maya va bebiendo de todo lo que le rodea. Llena su mochila de experiencias que no olvida sino que acumula, conformando, tal como dice Carmen Fernández Ariza, una figura poliédrica que se adelantó a su tiempo, en la que tiene cabida el insigne psiquiatra, el ensayista, el pedagogo, el filósofo, el traductor, el conferenciante, el fundador de revistas científicas y el político, todo ello envuelto en una comprometida producción literaria. Fue avanzado, inquieto y honesto. Por todo ello, una madrugada de agosto de 1936 fue fusilado; poco antes, había vuelto a sus orígenes que nunca abandonó: sus visitas médicas domiciliarias en la Beneficencia Municipal de Córdoba.

El académico numerario Manuel Casal Román se ocupa de presentar a su maestro *Juan del Rey Calero, maestro de la salud* (1928-), felizmente entre nosotros a sus 91 gloriosos años.

Nacido en Pozoblanco en 1928, licenciado en Medicina y Cirugía en Cádiz y doctor con calificación de sobresaliente, en Madrid, **Juan del Rey Calero** gana por oposición el puesto de profesor adjunto de Microbiología y Parasitología. Inicia su formación internacional en el Instituto Pasteur de París (1958-1960) obteniendo el título de bacteriólogo del Estado del Gobierno francés y frecuenta sus estancias en Hamburgo, Atlanta, Montana y Londres, entre otros hospitales de Europa y América. Obtiene la cátedra de Microbiología y Parasitología e Higiene y Sanidad de la Facultad de Medicina de Cádiz, en 1968, y va

formando un grupo de profesionales, que llegarán a ser los responsables de la salud pública andaluza, a lo largo del siglo XX.

En 1971 se incorpora, como director del Departamento de Microbiología y Medicina Preventiva a la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Madrid, coincidiendo con una pandemia de cólera que afectaba al norte de África. Establecida la salud, le es concedida la Orden Civil de Sanidad.

En la década de los setenta empiezan a conocerse resistencias al bacilo de Koch. Se practican los pertinentes estudios en el recién creado Centro Nacional de Referencia de Micobacterias, al frente del cual estaba precisamente el profesor Casal, feliz descubridor de una nueva cepa, el *Mycobacteriumgadium* (*gadium*, de Gades, Cádiz, aunque pudiera haber sido *casalis*, de Casal, su descubridor) (1974).

Otra aportación de Juan del Rey Calero es la aparición de los servicios de Medicina Preventiva Hospitalaria, una vez comprobado el aumento de estancias hospitalarias y la mayor mortalidad por infecciones y tras ser nombrado, en 1973, jefe de Servicio de Medicina Preventiva del Hospital Universitario La Paz de Madrid establece la formación MIR de la especialidad y plantea un control de vacunaciones tan riguroso, que descienden decididamente las resistencias bacterianas. Visto esto, crece la red de servicio de Medicina Preventiva en muchos otros hospitales.

De entre sus distinciones, entresacaremos algunas de ellas: presidente del XI Congreso Internacional de Federaciones de Medicina Preventiva y Social, Doctor Honoris Causa en Medicina por la Universidad de Córdoba, Doctor Honoris Causa por la Universidad Juan Carlos I, Colegiado de Honor del Colegio de Médicos de Córdoba, Cordobés del Año. Se le otorgan, entre otras, la Cruz de Sanidad, la del Mérito Naval, la Cruz de Alfonso X el Sabio, la Medalla de Oro de la Sociedad de Medicina Preventiva e Higiene Hospitalaria, la de Oro y miembro de honor de la Sociedad de Vacunología y la de Medicina Escolar y Universitaria. En el capítulo académico, citar: correspondiente en Madrid de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba y de las Academias de Medicina de diversos países hispanoamericanos, como Brasil, Venezuela, Colombia, México, Quito y Lima y Río de Janeiro y en las europeas de Bruselas, París, Roma y Cambridge, y de manera especial dedica su atención a la Real Academia Nacional de Medicina de España, como académico numerario.

Y, para terminar, sirva el último párrafo del autor del artículo: “No han sido muchos los médicos cordobeses que han destacado universalmente desde que Averroes, Albucasis y Maimónides pasaran a la historia. Por ello, es reconfortante que con este cordobés se reinicie un nuevo brillar de médicos cordobeses de tradición, en este caso, cristiana”.

ÁNGEL FERNÁNDEZ DUEÑAS

Reconocer la capacidad, entrega y méritos de algunos de nuestros más destacados médicos, trazar su perfil biográfico y destacar los hitos más importantes que les acontecieron es tarea, en esta ocasión, de un buen ramillete de especialistas, académicos en su mayoría, que han puesto su pluma, cual amanuenses, al servicio de estos ilustres personajes de la historia de la medicina cordobesa.

En conjunto conforman más de una decena los facultativos que fueron objeto de tratamiento biográfico en las conferencias pronunciadas durante las III Jornadas del ciclo *Cordobeses de ayer y de hoy*, celebradas del 21 al 28 del mes de septiembre de 2018, y que hoy salen a la luz constituyendo el tercero de los volúmenes de la colección *Rafael Castejón*.

JOSÉ COSANO MOYANO
Director de la Real Academia de Córdoba

